

**UNA IGLESIA EN EL CAMINO:
LA PARROQUIA DE NTRA. SRA.
DE LOS DOLORES EN EL GARBANZAL
(LA UNIÓN) SIGLOS XVIII - XX**

FRANCISCO JOSÉ RÓDENAS ROZAS

PRÓLOGO

Juega al corro El Garbanzal alrededor de su torre morena y bien plantada, testigo de tantos aconteceres, eje sobre el cual la vida del poblado giró ayer, sigue girando ahora, que no en vano, venciendo sobre la equívocas tentaciones y las malas ventoleras que un día no muy lejano pudieron abatirla, en pie continúa como lo que es: puro emblema, amén de clave de numerosos eventos y dedo señalizador de toda referencia geográfica del viajero que cruza el paisaje de la minería, hoy en crisis dolorosa.

- Oiga, ¿qué es aquella gigantesca espiga de piedra que tan galanamente emerge del horizonte?.

- !Pues qué va a ser, señor: la torre del Garbanzal!.

Orgullo del nativo, la torre, fe de vida de múltiples sucesos e inevitables ensoñaciones. Asomarse a sus balcones, ¿no es tocar con la mano, de algún modo, la historia del poblado que la ciñe? Así es lógico que, tomando torre y templo que justamente a la vera de la misma descansa, como célula primigenia alrededor de la cual se mueve parte del curriculum garbanzaleño, un hombre joven, dotado de una vocación envidiable por la investigación, como viene demostrando Francisco Ródenas desde su puesto de Archivero Bibliotecario del excelentísimo Ayuntamiento de La Unión, haya decidido escribir el libro que ahora tiene entre sus manos el lector. Verdad es que conociendo la vocación de Ródenas por el tema localista, su amor por todo cuanto se relacione con la historia de su tierra, pocas firmas ofrecen hoy más seria garantía que ésta de nuestro paisano para poner en pie los presentes memoriales, ciertamente impagables, colección de venturas y desventuras corres-

pondientes a aquel núcleo matriz de La Unión que El Garbanzal fue, gavilla de vivencias avaladas por la legitimidad del sello de la Historia. Valga recordar como entrañable ejemplo uno de los “considerandos” del acta correspondiente a aquella segregación del municipio de Cartagena de las diputaciones de El Garbanzal, Herrerías, Roche y Portmán, las cuales habían solicitado en su momento su separación del término municipal de Cartagena, acta por la cual se considera El Garbanzal como cabeza del nuevo municipio. Curioso dato: la primera sesión del nuevo ayuntamiento se celebra en el despacho del cura de El Garbanzal, precisamente a la sombra de su torre. Todo un símbolo.

Decíamos. Conociendo la especial sensibilidad de Francisco Ródenas para la pluma y, por lo tanto, su facilidad descriptiva, la amenaza que se cierne en tantas ocasiones sobre los libros en excesos “eruditos”, plúmbeos manotretos del dato a secas, se desvanece en esta ocasión. Aquí, por supuesto, mandan el testimonio y la compulsión, sólo que aliviados por una prosa más bien colorista que en nada resta a los rigores de la verdad, así dejando contentos a los hombres y a Dios, por aquello del que la verdad dice a Dios alaba, menester del todo válido y más en este caso, tratándose como se trata de un tema que gira alrededor de un templo; según Gaudí, que del tema sabía lo suyo, “única cosa digna de representar el sentir de un pueblo”.

Ermita en sus primeros tiempos, a la sombra de la iglesia de El Garbanzal van tomando cuerpo domésticos sucesos, graves problemas en ocasiones, material con el que el investigador compone su libro en el que, en principio cuentan aquellas escenografías que en nada se parecen al “western” minero que después vendría, con “partidarios” enriquecidos, por una parte, y los tristemente célebres “emplomaos”, por otra. No olvidemos que en El Garbanzal, precediendo al marro minero, fue la azada agrícola, y que muchos años antes de uncirse al humillante malacate, el asno supo dibujar el surco con destino a la semilla sobre la tierra madre. Eran aquéllos los tiempos en que monte y ladera reverdecían todavía, huérfanos aún de castilletes y chimeneas, circunstancia que da pie a Ródenas para escribir, a los lejanos días de la espiga y el racimo referidos: “El cereal sigue siendo la base de la economía rural y el viñedo aparece como el cultivo más apreciado”.

Nota curiosa, asómbrese el lector. No encontrará Ródenas el menor dato sobre aquellos garbanzos que al poblado dieron nombre. Así como suena. Ni un sólo elogio, ni una mera referencia amorosa. ¿Del garbanzo de El Garbanzal, materia prima para potaje, cocido, olla gitana, incluso succulento “torrao”, aquel que, llegada la fiesta mayor, se ofrece en coquetones puestos ornados de banderolas de papel de colorines, qué se hizo? De agradecer es, pues, que en su “Historia de la gastronomía de la región de Murcia” Ismael Galiana dedique largo párrafo a los garbanzos de El Garbanzal. Sólo que, preguntada por el escritor, una vecina del propio poblado le contesta: “¿Garbanzos aquí? No, señor. Antiguamente, puede”.

Lo de siempre. La Unión, desmemoriada, lejana tercamente al inventario y a la carpeta-legajo. Camilo José Cela llamó un día a La Unión “ciudad campamental”, o lo que es lo mismo: tierra sin raíces. Verdad es que nada hay más lejos del campamento que el libro de memorias. “Ciudad anti-archivo” la nombra en más de una ocasión el que estas líneas escribe. Échese mano, así, volviendo al tema de los garbanzos de El Garbanzal, y no es manco el consuelo, a la apreciación personal de Raimundo González Frutos, del “Rincón de Pepe” murciano, que en el programa de TVE “Con las manos en la masa” incluyó a tales garbanzos en la nómina de los mejores productos del país.

Sí que podrá encontrar el lector en las páginas que siguen, a cambio del silencio sobre los garbanzos, del que lógicamente Ródenas resulta ileso de toda culpabilidad, títulos tan apetitosos, del olvido rescatados, como los siguientes capítulos: “El Garbanzal y Roche, aliados contra Napoleón”, “El Garbanzal en Alumbres. Lobos y langostas”, “La torre de barro”, “La nueva iglesia. Año 1903”, etc.

Resumamos. Para Francisco Ródenas la iglesia de El Garbanzal se convierte en “centro de investigación”, en mirador privilegiado para contemplar desde su torre muchas páginas de la historia del poblado. El templo como baremo. A la sombra de la iglesia, tres siglos descansando. Apoyándose en lo que puede llamarse “nueva evangelización”, describirá Ródenas las importantes reformas y mejoras últimamente llevadas a cabo en el templo, glosando cumplidamente el mural de Esteban Bernal Aguirre. Presidida por esta espléndida pintura, “un itinerario de formación católica válida para la socie-

dad y los tiempos de hoy” se inicia. Sobre estos actuales esquemas evangelizadores la historia sigue. Pasarán los años y otro libro sobre El Garbanzal será escrito. Sin embargo, nada podrá despojar a Francisco Ródenas del privilegio de haber logrado este hermoso milagro de resucitar lo que, por desconocimiento de muchos, por muerto se daba. Le pague Dios a nuestro amigo tanta generosidad.

Asensio Sáez.